

Editorial

Fabio G. Nigra |
“El ajuste cultural”

El proceso en el que Donald Trump fue electo presidente de los Estados Unidos de América debe ser considerado el *ajuste*, más que la anomalía. Este concepto de ajuste pretende dar cuenta de una adaptación de variables o elementos que estaban fuera del equilibrio que, según determinadas perspectivas, se entendía como una relación adecuada. Ciertamente esta idea puede resultar compleja en tanto se trata de adaptar conceptos de una ciencia social a otra, pero obviamente no es un fenómeno que no se haya efectuado antes.

En pocas palabras, Trump expresa el retorno a los valores normales y tradicionales de una sociedad que, desde los años de Bill Clinton, ha ido perdiendo el rumbo tras la desintegración del modelo neoliberal representado por los políticos de Washington (los que entienden las cosas desde esta perspectiva pensarían en el matrimonio Clinton, en Barack Obama, en Al Gore y todos aquellos que expresaban valores levemente diferentes a los considerados tradicionales) en una evolución de zig-zag, pero direccionada hacia el cosmopolitismo de la globalización. El caso más paradigmático es el nuevo posicionamiento que los afro-estadounidenses lograron -en la percepción del norteamericano del medio-oeste, por caso-, desde o por los años de Obama. El

hecho de que Obama haya alcanzado la presidencia de la nación -sin perjuicio de lo que evaluemos de su gestión-, es un indicador indiscutible de que los viejos valores se están desdibujando, tras una perspectiva en la que se integraría a la gente de color, a las mujeres y los que tengan diferentes orientaciones sexuales.

Desde los entendidos como valores tradicionales, lo expuesto no solamente es un error, sino que de alguna forma explicaría la decadencia mundial de su país. Algo así como decir “estábamos tan preocupados por los problemas de los negros o los homosexuales que olvidamos a Dios, la familia y la patria; de esta forma, los chinos o los rusos nos están aventajando”. Los supuestos estructurales de esta visión se encontrarían en retomar a la senda que los convirtió en la potencia hegemónica dominante. Para ello, habría que poner las cosas en su lugar. Y en esto se plantea el ajuste: ajustar la relación entre los que mandan y los que han de ser mandados, que en este caso implicaría una ruta tendencial hacia prácticas políticas fascistas.

Existe una perspectiva del fascismo que desnaturaliza su esencia, esto es, el fascismo es autoritarismo, barbarie, oscuridad en la toma de decisiones, presos políticos... fenómenos emergentes que no apuntan a lo sustancial, que es el hecho de que las prácticas políticas fascistas buscan imponer un orden social en el que el gran capital, o algunas de sus fracciones aliadas, imponen una regla verticalista al resto de las clases o fracciones. Las décadas de 1920 y 1930 han dejado numerosos elementos e indicios para comprender el fenómeno,

pero en muchos casos los analistas se quedan en lo emergente y no se reflexiona sobre lo estructural. El principal objetivo político-económico del fascismo es el orden social con el objetivo de seguir garantizando la tasa de ganancia dentro del patrón de acumulación del capital. Y dentro de lo que muchos liberales llaman “sus transgresiones”, Trump es la síntesis, el hombre que alcanza a concentrar y dirigir la demanda de una sociedad condicionada por los intereses del gran capital. Ya lo viene advirtiendo Pablo Pozzi cuando dice que “el sistema electoral norteamericano ha modificado su esencia. Hoy en día, a diferencia de 1960, el tema del voto y el votante es absolutamente secundario, si bien el sistema intenta retener una cierta cuota de apoyo popular. Las elecciones norteamericanas son una fiesta de los ricos. La elección presidencial en sí cuesta cerca de mil millones de dólares.”¹

A contramano de los grandes medios de comunicación, de numerosos intelectuales y estudiantes en las universidades, del aparato enorme del que disponen no solamente el partido demócrata, sino también parte del republicano, Trump ganó las elecciones. Adolf Hitler también. Y también Franklin D. Roosevelt. Ante el horror que pueda producirle al lector poner uno al lado del otro, a Roosevelt con Hitler, debe tenerse en cuenta que ambos no solamente se estudiaban, sino que tomaban y copiaban aspectos de su política interna. Hace poco se publicó un libro llamado

¹ Pablo Pozzi. “¿Del absolutismo capitalista al fascismo?: ¿cuál es la naturaleza del sistema político norteamericano actual?”; en *Revista Huellas de Estados Unidos* nro. 9, pág. 30.

Hitler's American Model, del que esta revista publicó una reseña², en el que se demuestra que los nazis estudiaron con mucha atención las leyes raciales de Estados Unidos, aunque no se animaron a tanto...³ En ambos casos se forzó a los empresarios a desandar la tradicional política económica ortodoxa de despidos y rebajas salariales, a cambio de controlar -de alguna u otra forma- los reclamos de los sindicatos. En ambos casos, la salida de la crisis se produjo luego de un gigantesco incremento del gasto público, más allá del equilibrio fiscal que los ortodoxos recomendaban. ¿Se sostiene aquí que Roosevelt era lo mismo que Hitler? No. Se sostiene que, en una crisis estructural del capitalismo, las prácticas fascistas surgen como opciones a considerar y que, en más de una oportunidad, la misma medida adquiere un formato propio en función del contexto. En algún caso se tomarán ciertas medidas, en otros, y conforme las condiciones y relaciones de fuerza entre las diferentes clases y fracciones, se tomarán otras.

Estados Unidos -sostienen los defensores del pensamiento reaccionario- se encuentra en un declive que requiere medidas drásticas para cambiar. Por un lado, convencer a los trabajadores que la senda trazada desde los años '90 fue errónea; por

² Puede consultarse: “Estados Unidos, modelo racial de la Alemania nazi”; *Revista Huellas de Estados Unidos*, nro. 14, pág. 127-132.

³ Como dice el artículo: “Hay un aspecto en el que las leyes raciales norteamericanas demostraron ser demasiado severas para los nazis. En Norteamérica, reinaba la regla de ‘una gota’. A menudo, se te consideraba negro sólo con tener una dieciseisava parte de sangre negra. Pero la propuesta de los Nazis de línea dura de definir a los alemanes con un abuelo judío como judíos no se aprobó en Nüremberg.” En *Idem*, pág. 130.

otro reprimir los desbordes de aquellos confundidos que creyeron que les había llegado el momento de la reivindicación (negros, homosexuales, etc.). De esta forma, y nuevamente siguiendo a Pozzi cuando escribió que el KKK “al igual que las milicias y los neonazis, es uno de los instrumentos represivos que ejerce el capitalismo norteamericano en contra de los desafíos que puedan surgir,”⁴ vemos que lo que la historia nos ha enseñado es que la emergencia de este tipo de organizaciones se produce cuando negros y minorías asumen un rol más activo en pos de sus derechos. En otras palabras, y siguiendo nuevamente a Pozzi, las propuestas supuestamente delirantes de Trump con respecto a los mexicanos y otros sudamericanos “contienen más elementos clasistas que racistas.”⁵

Valeria L. Carbone lo ha dicho con claridad, cuando sostuvo que la lucha por los derechos civiles “atentó contra un arraigado sistema ideológico de creencias y prácticas en cuyo mantenimiento el gobierno federal se encontraba profundamente implicado.” De esta forma, el racismo en los Estados Unidos fue teniendo transformaciones de sus resoluciones institucionales, “reconfigurándose, y adoptando formas y

⁴ Pablo Pozzi. “¿Del absolutismo capitalista al fascismo?”, op cit, página 31. Como sostiene un poco más adelante, “Los que se reivindican abiertamente ‘Klan’ son 186 y 196 son los neonazis. A estos hay que agregar 111 grupos nacionalistas blancos, 98 skinheads, y 93 los neoconfederados. En total el SLPC contabiliza 784 grupos ‘de odio’, lo cual representa un crecimiento de 30% desde el año 2000. Por su parte, los grupos de ‘milicianos’ de ultraderecha han aumentado de 149 en 2008 a 1360 en 2012.”

⁵ Pablo Pozzi. “Las elecciones de Estados Unidos. Raza, racismo y el electorado”, *Revista Huellas de Estados Unidos*, nro. 11 pág. 6.

prácticas racistas que permitieran la pervivencia de esas barreras estructurales a través del persistente privilegio del poder blanco.”⁶ Así, el racismo cumple funciones de control de clase, ya que políticas tales como las leyes *Jim Crow*, el supremacismo blanco, las milicias, los neonazis y todas sus variantes, no son más que la fórmula de la clase dominante para ejercer un control que en los últimos años ha sido desafiado. Es claro por qué Trump la toma con los mexicanos, que es una forma de referir a sectores socialmente subalternos y pasibles de control. Resulta paradigmático que al presidente estadounidense le cueste mucho tanto tomar medidas o manifestarse contra los actos violentos de blancos contra negros o latinos, como cuestionar las expresiones racistas y supremacistas.

Nada casualmente puede decirse que, en paralelo a la discusión para la construcción del muro entre México y Estados Unidos, el nivel de desempleo ha disminuido; y que también, entre la pirotecnia verbal con China por una supuesta escalada de guerra comercial, los bienes producidos dentro de Estados Unidos aumentaron. Mientras tanto, desde George Bush (jr.) en adelante, se profundizaron las apelaciones a la derecha religiosa, la que, según Pozzi, es utilizada por la burguesía norteamericana “como elemento de movilización y cohesión en aquellos momentos donde la situación

⁶ Valeria L. Carbone. “Racismo y raza ¿el motor de la historia de Estados Unidos?”; en Pablo Pozzi y Fabio Nigra (comps.) *Huellas Imperiales. De la crisis de 1929 al presidente negro*; Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, pág. 296.

social y económica es crítica y puede llevar a una crisis de hegemonía.”⁷

En suma, con honrosas excepciones (la expresada por la fracción financiera de Wall Street, por ejemplo), el gran capital ha confiado en Trump para ordenar las cosas, para ejecutar el ajuste cultural entre el gran capital y los asalariados levantiscos, mientras a la par se controla el avance chino y se condiciona a los capitalistas a que no invierten dentro de las propias fronteras. Con todo lo ridículo que pueda aparentar ser en función de sus bravuconadas (por caso, Benito Mussolini era bravucón, y así y todo duró no menos de veinte años en el poder), Trump ha ejecutado el ajuste económico (que había comenzado Obama⁸), pero también como novedad aplica el ajuste cultural. Desde ya continuará la resistencia tanto desde los sectores sociales reprimidos, como las fracciones capitalistas condicionadas, pero en tanto los asalariados adviertan cierta estabilidad y crecimiento económico, en las elecciones presidenciales financiadas y llevadas adelante por los ricos, con candidatos empleados de los ricos, no hay nada por lo que preocuparse, ya que el ajuste cultural está en marcha.



Fabio Nigra

⁷ Fabio Nigra y Pablo Pozzi. *La decadencia de los Estados Unidos. De la crisis de 1979 a la megacrisis de 2009*; Ituzaingó, Maipue, 2009, pág. 65.

⁸ “El mensaje sobre el Estado de la Unión de Obama: ‘Es todo un problema de costos’.”, en el número 4 de esta Revista.